



Usos de Foucault: la crítica a la racionalidad neoliberal

Hernán García Romanutti*

Entre enero y abril de 1979 Foucault dicta un curso en el *Collège de France* titulado *Nacimiento de la biopolítica*, en donde se dedica a rastrear la configuración de la gubernamentalidad liberal y de sus derivas en los discursos de saber y las técnicas de gobierno neoliberal. Es la primera vez que, en su singular modo de entender y practicar la filosofía como una historia del presente, trabaja sobre una serie de acontecimientos y un corpus teórico de autores que le son estrictamente contemporáneos: el ordoliberalismo alemán que se desarrolló especialmente en Friburgo entre las décadas de 1930 y 1950, el neoliberalismo de la escuela de Chicago que se desplegó teóricamente desde la década de 1960, más algunas referencias a la escuela austríaca en la figura de Hayek que funcionaría como una suerte de articulador entre las dos anteriores. Ese mismo año en que se dicta el curso, exactamente un mes después de la última clase, Margaret Thatcher es declarada primera ministra en el Reino Unido y al año siguiente llega a la presidencia de Estados Unidos de Norteamérica Ronald Reagan. En Latinoamérica, estaba en marcha desde hacía algunos años el plan Cóndor que, basado en la doctrina norteamericana de Seguridad Nacional, propiciaba golpes de Estado y apoyaba gobiernos dictatoriales en la región como estrategia para reprimir y eliminar el tejido organizacional de sectores políticos de izquierda y referentes sindicales, estudiantiles, campesinos e indígenas. Era una manera, en plena Guerra Fría, de quebrar las resistencias populares e imponer un modelo económico basado en la entronización del mercado y el desmantelamiento del Estado, de impulsar la desregulación, la privatización y la precarización laboral en beneficio del capital nacional y transnacional.

¿En qué consiste esa lectura foucaultiana del neoliberalismo? El curso de 1979 fue editado en 2004 como parte de la publicación progresiva de los cursos dictados por Foucault en el *Collège de France*. En ellos la exposición tiene un carácter más bien exploratorio: postula hipótesis, avanza en una dirección, cambia de sentido, vuelve sobre lo dicho y señala posibles

* FFyH y FCC, UNC - hernan.garcia@unc.edu.ar

revisiones, anuncia otras líneas de investigación que no son retomadas luego, a veces concluye abruptamente. Las exploraciones de este curso, que lleva en su título la promesa de una genealogía de la biopolítica, no tienen continuidad ni son recogidas luego en ninguna obra del autor que, desde el año 1980, comienza el viraje hacia la analítica del gobierno de los sujetos en la pastoral cristiana y las filosofías grecolatinas de la antigüedad. A su vez, el único curso dedicado a la historia del siglo XX que se despliega en tiempo real y concomitante a los acontecimientos analizados, aborda una problemática política que se ubica de lleno en medio de un campo de fuerzas que cruzan las discusiones de todo el arco ideológico: en sus clases Foucault realiza una genealogía del liberalismo para detectar las filiaciones y las variaciones de la racionalidad neoliberal, pero también desliza alguna crítica a las prácticas de gobierno socialistas y a la gubernamentalidad de partido propia de los totalitarismos nacionalsocialista y estalinista. Le dedica incluso una clase a analizar la política de seguridad social del gobierno francés de Giscard D'Estaing (quien cumpliera su mandato presidencial entre 1974 y 1981) para rastrear sus conexiones con la racionalidad del gobierno neoliberal alemán. Por todo esto, por las precauciones metodológicas de su analítica del poder y por su modo diagonal de abordar los problemas, no es sencillo interpretar el gesto de Foucault en ese curso que, más evidentemente que nunca, se propone hacer historia del presente.

Intervenir directamente en los debates de su tiempo, en un campo de discusiones inmediatamente atravesado por las fuerzas político-ideológicas, suele intensificar el conflicto de las interpretaciones, sea en el modo del ataque o en el modo de la apropiación, ya se trate de declarar guerras o establecer alianzas. Por otra parte, el nombre de Foucault ha llegado a ser el de un autor de referencia de la filosofía contemporánea: lo recubre un aura de autoridad y suele ser invocado con una función de legitimación intelectual a favor o en contra de posicionamientos políticos. La lectura que Foucault hace del neoliberalismo no carece de complejidad. Esa complejidad, inscripta de manera directa en un campo de tensiones ideológicas y de disputa política, ha dado lugar a una serie de lecturas que, a grandes rasgos, podríamos resumir en dos grandes líneas interpretativas.

Una línea que pretende inscribir a Foucault dentro de la tradición liberal leería en su curso de 1979 un acercamiento al neoliberalismo –con distintos grados de simpatía, adhesión o fascinación, según el intérpre-

te– como práctica gubernamental, lo que explicaría las críticas que dirige al socialismo y al régimen estalinista. Aquí encontramos, por ejemplo, a Lagasnerie (2015) quien sugiere que la última lección de Foucault nos invitaría a explorar, a modo de ejercicio intelectual “para reinventar la izquierda”, una singular interpretación del neoliberalismo que no lo entiende como un dogma cuyos programas haya que adoptar sino como un instrumento crítico de la realidad que permitiría la reelaboración de las viejas categorías del pensamiento político: el Estado, el mercado, la ley y la libertad. En un sentido similar se pronuncia Audier (2017), quien afirma que no se trata una adscripción de Foucault a las soluciones de Hayek o Friedman, ni al programa político de Thatcher o Reagan pero que aún así afirma que es necesario dismantelar un prejuicio izquierdista que quiere ver en el autor francés un crítico radical y anticipatorio del neoliberalismo.

Algo menos oblicuo y más osado es Michael Behrent (2017) quien habla lisa y llanamente de un “momento neoliberal” de Foucault, en el que el filósofo francés habría “flirteado con una perspectiva anclada en la derecha política: el credo del libre mercado”. Frente a críticos que resaltan la incompatibilidad de su pensamiento con el liberalismo, poniendo en consideración que Foucault dedicó gran parte de su obra anterior a develar las formas sutiles de dominación en las sociedades liberales, Behrent sugiere que Foucault, aunque rechazara el liberalismo político que postula “el gobierno representativo basado en la ley que aboga por los derechos humanos”, habría abrazado el liberalismo económico que sostiene que “el libre mercado es el sistema más eficiente” (pp. 42-43). Desde la óptica de este liberalismo económico así entendido, el autor francés habría realizado su crítica a la izquierda del socialismo estatizante.

En Argentina, un libro de Diego Fernández (2020) retoma la estela de estos pensadores y algunas sugerencias de un interrogativo artículo de Edgardo Castro (2018) para sostener que Foucault presenta una interpretación del liberalismo concebido no como ideología sino como refundación de un nuevo proyecto de gobierno. La cercanía del autor con este proyecto estaría detrás de sus críticas al marxismo y permitiría entender –junto con algunas experiencias personales con las drogas y la sexualidad en sus viajes a California– el viraje desde la problemática del poder como dominación a la problemática ética de la subjetividad entendida como una estética de la existencia.

Otra línea interpretativa, en cambio, encuentra en la temprana lectura que Foucault hace del neoliberalismo un posicionamiento crítico que prolonga, a través de la grilla de análisis de la gubernamentalidad, la perspectiva también crítica que sus investigaciones genealógicas dedicaran al poder disciplinario y a las ciencias humanas en el momento histórico de despliegue del capitalismo y el liberalismo político moderno (VC; PP, p. 79). Esta segunda línea de lectura, dentro de la cual nos encontramos, no implica desconocer los cuestionamientos que Foucault dirige al estalinismo y a los denominados “socialismos reales” pero se propone inscribirlos al interior de una tradición crítica en la que los aportes de Marx y de la tradición marxista constituyen también una parte fundamental. Esta segunda orientación –también con variantes y matices según los autores de que se trate– entiende que la obra foucaultea aporta claves valiosas para realizar la crítica de nuestras sociedades contemporáneas en el mismo momento en que se produce el ascenso del neoliberalismo como forma hegemónica a escala global. Así, por ejemplo, Thomas Lemke (2006) en Alemania, Christian Laval y Pierre Dardot (2013) en Francia, Wendy Brown (2015) en Norteamérica, Santiago Castro Gómez (2010) desde Colombia o, entre nosotros, Verónica Gago (2014) y Diego Sztulwark (2019).

Pero entonces, ¿hay un “momento neoliberal” de Foucault? Y más importante aún: ¿cuáles coordenadas nos convidan las exploraciones foucaulteanas en nuestra crítica de la racionalidad neoliberal? Desde aquel curso de 1979 a esta parte ha pasado casi medio siglo y una serie de transformaciones históricas, a escala global y en nuestras latitudes. Más allá de toda exégesis y de la insistente práctica del comentario, más allá de pretender revelar por fin o desenmascarar al verdadero Foucault, nos toca preguntarnos qué hemos hecho con Foucault y qué podemos hacer con él en esta actualidad que es la nuestra. ¿Cómo podemos poner a trabajar su arsenal teórico y metodológico para hacer una crítica del despliegue que ha tenido el neoliberalismo en estos años hasta convertirse, prácticamente, en la nueva razón del mundo?¹ ¿Qué usos hacer de las categorías

1 Lo que Laval y Dardot llaman “nueva razón del mundo” sería el momento de la hegemonía neoliberal. En un sentido similar, William Davies (2016) propone una periodización del neoliberalismo en tres etapas. Desde 1979, con el ascenso de Thatcher y Reagan, un *neoliberalismo combativo* que se dedica a desacreditar la racionalidad del socialismo y a dismantelar las políticas keynesianas del Estado de bienestar. Desde 1989, con la caída del muro de Berlín y la disolución de los socialismos de Estado, el *neoliberalismo normativo* que postula el mercado, la libre com-

y de los indicadores tácticos foucaultianos para elaborar la crítica del devenir autoritario del neoliberalismo, en el mismo momento en que nos gobierna la precarización, la concentración y la desigualdad a fuerza de desregulación, redistribución regresiva y privatización de las relaciones sociales, cuando asistimos al desmantelamiento de los bienes públicos y la apropiación de los bienes comunes, al recorte de los sistemas de seguridad social y a los repetidos intentos de desplazar las redes de solidaridad y cuidados colectivos por la lógica de la responsabilización individual y de la crueldad?

Contra la interpretación neoliberal

La interpretación que ve en el curso de 1979 un acercamiento –incluso una fascinación– de Foucault respecto del neoliberalismo se basa en algunos tópicos desarrollados con distintos énfasis y matices por autores más o menos inscriptos dentro de la tradición liberal. Si tuviéramos que organizar esquemáticamente los argumentos centrales de esa línea interpretativa podríamos señalar, en primer lugar, la crítica que Foucault dirige en este curso y en el del año anterior (STP) al estalinismo y a los totalitarismos soviéticos, puestos en la misma serie junto al nazismo alemán y el fascismo italiano. No sólo en las lecciones pronunciadas en el *Collège de France* sino también en una serie de declaraciones y entrevistas de esos años Foucault señala la saturación del poder securitario de la forma de gobierno del Estado policial², a la vez que una serie de críticas vehementes

petencia y la racionalidad económica de maximización de beneficios como criterios organizadores y de valoración de todas las actividades humanas. Finalmente, desde la crisis financiera de 2008, ante la evidencia de los límites de la promesa neoliberal y de sus efectos devastadores en las vidas cada vez más precarizadas, un *neoliberalismo punitivo* que, puesto a administrar recursos bajo el principio de competitividad y eficiencia, proponiéndose minimizar el gasto público ajustándolo al principio de la austeridad e instrumentar políticas sociales destinadas a disciplinar a las poblaciones vulnerables, se organiza en torno a unos valores y actitudes de castigo optando por culpar de su propio destino a los perdedores del libre mercado: quienes están sumidos en la pobreza y la deuda ante el hundimiento de las redes de seguridad social.

2 Particularmente interesante puede resultar al respecto la entrevista “Michel Foucault: la sécurité et l’Etat” (SE) en donde se señala la sustitución del sistema de legalidad por un “Estado de seguridad” que legitima las intervenciones securitarias, continuas, excepcionales y extralegales del Estado en la trama de la vida co-

al marxismo. Una variante de este primer argumento es el tratamiento que Foucault hace del libro de Solzenitzin y la cuestión de los disidentes del régimen soviético (STP, pp.236-238), así como su relación con los denominados *nouveaux philosophes* –particularmente por su reseña de un libro de André Glucksmann– otrora jóvenes maoístas devenidos ahora en críticos acérrimos del régimen comunista soviético en el que ven la consumación necesaria de la teoría revolucionaria de Marx (Christofferson, 2017; Audier, 2017; Fernández, 2020).

En segundo lugar, otro tópico insiste en la crítica que Foucault dirige al socialismo por su falta de una razón gubernamental específica, es decir, “una medida razonable y calculable de la extensión de las modalidades y los objetivos de la acción gubernamental” (NB, p.117). El socialismo tendría una racionalidad histórica –propia de una filosofía del progreso–, una racionalidad económica –una serie de medidas redistributivas– y administrativa –una organización administrativa en relación a problemas como la salud pública o la seguridad social– pero no una racionalidad de gobierno propia. Esto haría que, indefectiblemente, al momento de vérselas en el gobierno los partidos socialistas echen mano de la gubernamentalidad liberal basada en la economía de mercado introduciéndole modificaciones o prácticas de gobierno propias de un Estado policial hiperadministrativo.

En tercer lugar, se menciona la participación de Foucault por esos años en la *Deuxième Gauche*, una fracción de la izquierda francesa que se distancia del Programa Común que acuerdan el Partido Socialista Francés y el Partido Comunista, programa que llevaría a Mitterrand al gobierno en 1981. Algunos autores pretenden atribuirle neoliberalismo a Foucault por haber participado del proceso de construcción política de esa izquierda disidente que, según lo presentan, habría reunido a izquierdistas desencantados del Partido Socialista con algunos intelectuales y políticos neoliberales, especialmente a partir de su común anti-estatismo (Behrent 2017, pp.50-61; Fernández, 2020). Luego de que Mitterrand llegara al gobierno en 1981, hay quienes señalan también como un síntoma la ruptura de Foucault con el gobierno socialista pronunciándose en contra de los lazos entre el gobierno francés y el régimen soviético de Polonia.

tidiana, demandadas por la misma población ante la amenaza terrorista. Foucault diferencia, sin embargo, estas sociedades de seguridad de los viejos (por otra parte, también criticados) totalitarismos ya que aquéllas se muestran, a su vez, “tolerantes con una serie de comportamientos diferentes, variados, incluso desviados”.

En cuarto lugar, ya en un orden más teórico, hay quienes señalan que la elaboración histórica y conceptual que Foucault hace del liberalismo lo identificaría sin más con la operación de la crítica, tal como es presentada en la conferencia de 1978 (QC), entre el *curso Seguridad, Territorio, población* y el *curso Nacimiento de la biopolítica*. Quienes proponen esta identificación entre crítica y liberalismo señalan que en el primer curso Foucault haría una crítica del Estado administrativo (cifrado en la *raison d'Etat* que se propone como saber y técnica para gobernar a las poblaciones) y que el segundo curso viene a proponer un límite a esa razón gubernamental a través del arte liberal de gobernar lo mínimo posible. En esa línea recuerdan que, según Foucault, el liberalismo en su variante del utilitarismo inglés, impone un límite interno a la razón de Estado en términos económicos, a diferencia del límite externo articulado por la tradición francesa en términos de crítica de los derechos. Habría entonces, según señalan estos autores, una coincidencia punto por punto entre la crítica tal como la concibe Foucault en su filosofía –como el arte de no ser gobernado– y el principio liberal del mínimo gobierno posible (Audier 2017; Fernández 2020).

Por último, como un quinto tópico, se señala también que la revisión de la hipótesis disciplinaria y su desplazamiento hacia el paradigma gubernamental permitiría concluir que “el liberalismo económico exhibía muchos de los rasgos más ejemplares del biopoder” (Behrent 2017, pp.62-69). Desde esta interpretación, Foucault se habría maravillado con el liberalismo económico por ser –a diferencia del liberalismo político basado en la crítica jurídica– un liberalismo sin humanismo (Behrent 2017, pp. 48 y 49). Esto se vería especialmente en la forma de pensar la política social a través del impuesto negativo sin exigir conductas de parte de los beneficiarios y en la borradura antropológica de la figura del criminal a través de una política penal basada en la “tolerancia a los individuos y a las prácticas minoritarias, en la que haya una acción no sobre los participantes en el juego sino sobre las reglas de éste”.

En respuesta al primer argumento podemos señalar que la crítica de Foucault al estalinismo no es nueva ni específica de los años en los que “descubriría” al neoliberalismo. En una entrevista alega haber abandonado las filas del Partido Comunista, tras un breve paso en su juventud, entre 1950 y 1953, por el caso público de las torturas del régimen estalinista a médicos. En declaraciones de los primeros años ‘70 ya aparece, con tono

claramente crítico, la cuestión del *Gulag* y los campos de concentración (VP, pp. 41-43). Esta crítica no sólo es consistente con su obra anterior sino que puede ser considerada incluso como una de las condiciones de existencia de su crítica a las relaciones de poder desde una perspectiva microfísica.³ Foucault es coherente con la orientación general de su pensamiento cuando critica al Estado policial y securitario pero bajo esos mismos principios critica también al liberalismo. Según una de las tesis centrales de *Vigilar y castigar*, en el mismo momento en que surge el capitalismo –con la consecuente concentración de grandes *stocks* en fábricas y puertos, en las grandes ciudades industrializadas modernas, fácilmente apropiables por los trabajadores que tienen con esa riqueza un contacto cotidiano– y se propugna la democracia como forma de gobierno, emerge también el poder disciplinario para controlar los cuerpos de manera más sutil, insidiosa y efectiva, para obtener de ellos un máximo de productividad económica con un mínimo de desobediencia política. La expresión más cabal de esta crítica a la racionalidad liberal es el análisis paradigmático del panoptismo en la figura de Jeremy Bentham, cuyo nombre reaparecerá en el curso de 1979 en el contexto en que la tradición del utilitarismo inglés como límite interno al gobierno en términos económicos se opone a la tradición revolucionaria francesa que despliega su crítica en términos jurídicos apelando a los derechos.

Este modo de desplegar sus propias investigaciones genealógicas, en contrapunto con las teorías tanto liberales como marxistas, aparecía explícitamente y con toda claridad ya en el curso de 1976, *Defender la sociedad*. Allí se dirige una crítica a la teoría de la soberanía y el contractualismo propios de la teoría liberal del Estado, y al marxismo por su idea de la dominación global de clase y su disputa por los aparatos de Estado en términos exclusivamente de clase. La crítica foucaultea se dirige entonces a lo que considera un núcleo común del liberalismo y marxismo:

3 “Tras el final del nazismo y del estalinismo, se ha planteado el problema del funcionamiento del poder en el interior de las sociedades capitalistas y socialistas. Y cuando me refiero al funcionamiento del poder no me refiero únicamente al problema del aparato de Estado, o a la clase dirigente, a las castas hegemónicas sino a toda una serie de poderes cada vez más sólidos, microscópicos, que se ejercen sobre los individuos en sus comportamientos cotidianos, y hasta en sus propios cuerpos. Vivimos inmersos en las redes políticas del poder, y este poder está en cuestión. Me parece que, tras el final del nazismo y del estalinismo, todo el mundo se plantea este problema, éste es el gran problema contemporáneo” (ASP, 283).

sus perspectivas economicistas acerca del poder (DS, pp. 36). Luego del desplazamiento desde la denominada hipótesis Nietzsche y el modelo bélico del poder –entendido como dominación– al paradigma de la gubernamentalidad –el análisis de las tecnologías de gobierno que presuponen la libertad de los gobernados y procuran conducir sus conductas a través de intervenciones ambientales– reencontraremos en los cursos de 1978 y 1979 una lectura crítica del liberalismo y del marxismo con otros instrumentos conceptuales y teóricos: esta vez, a través del análisis de la economía política entendida como discurso de saber y tecnología de gobierno.

En relación al segundo argumento, que pretende derivar una adhesión de Foucault al liberalismo de las críticas que aquél le dirige al socialismo por su falta de una razón gubernamental específica, eso parece más una suposición que una deducción. Ese señalamiento puede ser leído como una crítica al estado de situación de los socialismos –Foucault acaba de analizar la sintomática renuncia del Partido Socialista alemán, en 1959, a su programa histórico y su reivindicación de una economía social de mercado– pero no necesariamente como una crítica al socialismo en sí, sino como la indicación de una invención que es necesario realizar, como una invocación a la imaginación política. Hay algunas inflexiones sutiles en las palabras de Foucault que así parecen indicarlo, por ejemplo, cuando al señalar que no le corresponde a él pensar una gubernamentalidad comunista –eso es asunto de quienes se definan como marxistas– parece incluirse en la tarea de pensar una razón de gobierno socialista que aún está por inventarse.⁴

Precisamente en ese sentido puede pensarse su intervención en el marco de la *Deuxième Gauche*: como el intento por parte de una fracción de la izquierda –quienes estaban en disidencia con las medidas centralistas

4 “[Q]ue haya o no una teoría del Estado en Marx, repito: los marxistas deben decidirlo. Por mi parte, diré que lo que falta en el socialismo no es tanto una teoría del Estado sino una razón gubernamental [...] Y si ese tipo de preguntas, después de todo, parece rozar demasiado el resentimiento, planteemos la cuestión, si les parece, de una manera más general, más vuelta hacia el futuro, que sería ésta: ¿cuál podría ser, en verdad, la gubernamentalidad adecuada al socialismo? ¿Hay una gubernamentalidad adecuada al socialismo? ¿Qué gubernamentalidad es posible como gubernamentalidad estricta, intrínseca, autónomamente socialista? En todo caso, limitémonos a saber que si hay una gubernamentalidad efectivamente socialista, no está oculta en el interior del socialismo y sus textos. No se la puede deducir de ellos. Hay que inventarla.” (NB pp.117-120). Ver también “La torture, c’est la raison”, especialmente la respuesta final (TR, pp. 396-398).

y estatizantes del Programa Común de los partidos socialista y comunista— de inventar y desplegar colectivamente una gubernamentalidad socialista de base, horizontal y autogestiva. Quizás huelgue señalar que las coordinadas de esa construcción son bien diferentes, sino opuestas y francamente incompatibles con la lógica desigualitaria de la competencia y el individualismo radicalizado que articula la teoría neoliberal del capital humano.

Behrent (2017), sin embargo, alega un acercamiento de Foucault al neoliberalismo por haber participado del proceso de construcción política de esa izquierda disidente con la que habrían entablado relación algunos intelectuales y políticos neoliberales, coyunturalmente reunidos por su común anti-estatismo.⁵ Pero del propio relato de Behrent (pp-59-60) parece colegirse más bien un intento frustrado de seducción de esa izquierda disidente por parte de los neoliberales, especialmente figurada en el rechazo de Lapage, uno de los “nuevos economistas”, por el socialista autogestivo Rosanvallon. Por otra parte, Castro (2018) afirma que Foucault sólo participó en ese colectivo en tanto que intelectual específico —lo que no parece poca cosa y guarda coherencia con sus anteriores posiciones políticas e intelectuales— y declara que Foucault se habría mostrado escéptico ante las propuestas de la autogestión. Pero el propio Behrent dice haber consultado correspondencia inédita entre Rosanvallon y Foucault en la que éste recibe con entusiasmo el libro de aquél en donde, junto a Patrice Viveret, “exploraban las alternativas autogestionarias tanto al capitalismo contemporáneo como al socialismo estatista” (carta de Michel Foucault a Rosanvallon del 17 de diciembre de 1977).

Lo que Behrent y Fernández —o, con mayor sutileza, Audier— ven como un acercamiento de Foucault al neoliberalismo, por sus incursiones

5 En un sentido similar, aunque un tanto más extraño, Audier (2017, pp. 125-129) habla de puntos de contacto entre “neoliberalismos de izquierda y de derecha”. Su argumento es que, según Foucault, en el liberalismo norteamericano confluyen posiciones críticas por derecha al estado keynesiano con críticas por izquierda al Estado imperialista y militar. Pero, más allá de una común oposición crítica al Estado, ambas posiciones son perfectamente distinguibles y el sintagma “neoliberal de izquierda” no parece tener mucho sentido. ¿Lo habrá tenido en aquel año de 1979 o será síntoma de una estrategia de cooptación y construcción política propia del “neoliberalismo combativo” en pleno ascenso? Por otra parte, el antiestatismo de Foucault no es nuevo: replica posiciones ya elaboradas en forma de “microfísica del poder” —incluyendo sus críticas al naciente capitalismo— solo que abordándolas ahora a una escala mayor, con la población como objeto y según la grilla de análisis de la gubernamentalidad.

en el pensamiento de la segunda izquierda, deja de lado el sentido emancipatorio –o, al menos, igualitario– de esa posición política que descree de la pura lógica del cálculo de costo y beneficio del *homo oeconomicus*, del criterio único de la inversión y la rentabilidad, de la competencia y la capitalización de sí. Efectivamente, hay un antiburocratismo que hace de Foucault un pensador crítico de ciertas formas del Estado. No hacía falta esperar al curso de 1979 para saber eso. Pero no se trata allí de un elogio encomiástico del mercado, la competencia, la libre empresa, o el poder de “libre contratación”, como queda suficientemente demostrado en obras anteriores (SP; VC). Lo que allí se pone en juego es una transformación social posible a partir de la autonomía política, social y económica en una relación crítica con el Estado. Y “crítica” no significa necesariamente “en contra de” sino “una cierta reflexividad sobre las condiciones de esa relación”.

Si, por otra parte, analizamos la ruptura con el gobierno socialista de Mitterrand en 1981 –luego de un apoyo crítico que no parecería condecirse con la hipótesis de la adhesión al liberalismo económico– debemos señalar que esta fue motivada no solamente por la crítica de los lazos entre el gobierno francés y el régimen soviético polaco sino en defensa de *Solidaridad*, un sindicato obrero que es reprimido por ese régimen (Eribon, 1992). Ese gesto parece más afín a una gubernamentalidad socialista no estatista, o al menos no exclusivamente estatal –de base, autogestiva, transversal– que al programa neoliberal basado en la competencia individual y la teoría del capital humano que concibe al trabajador como empresario de sí mismo. Otros datos biográficos parecen corroborar esta orientación del pensamiento foucaultiano: su participación por aquellos años, junto con Pierre Bourdieu, de la Confederación Francesa Democrática de los Trabajadores (CFDT). Las críticas foucaulteanas al Programa Común de socialistas y comunistas no están dirigidas a su orientación de izquierda sino a su excesivo estatismo: eran críticas de una izquierda democrática de base al centralismo estatal y a la lógica organizativa del partido.

En relación a quienes señalan que el abordaje que Foucault hace del liberalismo lo identificaría sin más con la crítica tal como ésta es concebida en la conferencia pronunciada en 1978, como el arte de no ser gobernados de tal manera, debemos completar diciendo que esa definición de la crítica se hace en términos de una “política de la verdad”: como una pregunta que los sujetos hacen al poder por sus efectos de verdad y a la verdad por sus

efectos de poder. No se trata, al oponer el modelo económico del utilitarismo inglés al modelo jurídico de la tradición francesa para refrendar a uno y descartar el otro, sino de analizar los distintos efectos epistemológicos y políticos que despliegan cada uno de ellos.⁶ Desde esta perspectiva, no es que el liberalismo y la crítica sean lo mismo, sino que el utilitarismo económico y la doctrina de los derechos humanos proponen dos formas diversas de crítica y de lo que se trata es de analizar sus efectos teóricos y prácticos. Sería tan tosco decir que el análisis de la gubernamentalidad neoliberal vale como adhesión de Foucault al liberalismo económico como afirmar que el uso que se hace de Bentham o Colquhoun en *Vigilar y castigar* es una apología o una validación de aquellos pensamientos. Se trata de otra cosa en el análisis que Foucault hace de la positividad de los saberes que circulan y funcionan en una sociedad: es cuestión de ver qué los hace funcionar, qué efectos de poder tienen, cómo gobiernan la vida de poblaciones e individuos, cómo se proponen como posibles formas de ser sujetos, de relacionarnos con nosotros mismos y con los otros. Cuando Foucault cita la tradición inglesa del liberalismo económico no parece estar haciendo una reivindicación sino el análisis de una serie de discursos que van desde la invención de la ciencia económica los siglos XVIII y XIX hasta la teoría del capital humano que impone una racionalización total de la vida en términos puramente económicos, de cálculos de costo/beneficio, inversión y rentabilidad de un individuo que se concibe a sí mismo sólo como un capital y a su relación con otros sólo en el modo de la competencia.

Lo mismo puede decirse de su análisis en términos de veredicción: no es que Foucault proponga, a nombre propio, el mercado como el cri-

6 De hecho, en la conferencia de 1978 se habla de tres anclajes históricos de la crítica en la temprana modernidad: la crítica del poder eclesiástico en relación a la interpretación de las Sagradas Escrituras, la crítica jurídica que se opone a la autoridad del gobierno y a la obediencia de los gobernados en términos de límites impuestos por derechos universales, la crítica que podríamos llamar epistémica que propone “no aceptar como verdadero lo que una autoridad nos dice que es salvo que consideremos buenas las razones para hacerlo”. Tanto el derecho, en versión declaración universal de derechos humanos, como la ciencia económica, en su versión clásica de límite al buen gobierno de las poblaciones, serían formas históricas de la crítica: jurisdicción y veredicción (NB, pp.43-52). De lo que se trata, para una política de la verdad, es de analizar sus entramados de poder y sus efectos de verdad en la forma en que nos constituimos como sujetos, en las diversas formas de subjetivación posible que habilitan, que promueven e incitan.

terio último de verdad, el modo en que esta se manifiesta en la realidad objetiva de las cosas. Se trata, más bien, de analizar uno de los juegos de verdad que se han dado en la historia y que se dan todavía –demasiado y cada vez más– entre nosotros: reducción de la vida al cálculo económico. Pero analizar un régimen de verdad no significa adscribir a él: así como Foucault analiza la veridicción de mercado propuesta por el liberalismo económico, analiza un año más tarde la veridicción propia de la confesión cristiana (GV), o aún un año después la veridicción propia de las ordalías en el derecho griego arcaico (OMDV).

Por otro lado, sería erróneo identificar sin más la crítica con el liberalismo y oponer a ambos al gobierno, es decir, identificar el arte liberal de gobernar lo mínimo posible con la crítica en sí misma. Sencillamente porque el propio liberalismo es una gubernamentalidad, una forma de gobierno de lo humano que no realiza una liberación de los individuos al desligarlos del Estado sino que los gobierna a través de otra serie de instituciones privadas y dispositivos de seguridad: toda desestatización es una privatización del gobierno de individuos y poblaciones. La libertad no es un dato sino un efecto del modo de gobierno liberal y es por eso que el liberalismo tiene necesidad de producir libertad, incluyendo su reverso necesario, la producción de seguridad para contrarrestar los riesgos de la demasiada libertad a través de los dispositivos de control securitario (NB, 85-86). El liberalismo es, entonces, una forma de ser gobernados, no una forma de no serlo.

Por último, la afirmación a la que llega Behrent luego de postular una fascinación de Foucault con el carácter antihumanista del liberalismo económico es realmente extraña: “el liberalismo económico exhibía muchos de los rasgos más ejemplares del biopoder”. Es extraña porque, si esa ejemplaridad efectivamente existe, parece ser precisamente en un sentido crítico. ¿Cómo entender sino el título elegido por Foucault –*Nacimiento de la biopolítica*– para ese curso de 1979 enteramente dedicado a presentar una genealogía de la tradición liberal? ¿Cuál sería la relación entre liberalismo y biopolítica? ¿En qué sentido sería “ejemplar”? Ese curso así titulado habla escasamente de biopolítica: sólo se hace una breve mención a ella. Esta palabra, sobre la que tanto han escrito otros autores en la senda foucaultiana, es prácticamente abandonada por Foucault luego de sugerirla en la última clase del curso *Defender la sociedad* y de usarla en el último capítulo de *La voluntad de saber* (ambos de 1976). Sin embargo, todo parece indicar

que aquello que se quería pensar con ella, una forma de poder que tiene por objeto ya no los individuos sino la población, es abordado, dos años más tarde, en términos de análisis crítico de la gubernamentalidad: aquella mutación del poder que tiene por blanco la población, como medio los dispositivos de seguridad y como forma de saber la economía (STP). Ahora bien, en *Nacimiento de la biopolítica*, la economía de mercado aparece como un modelo ideal que no funciona por sí misma y naturalmente sino que debe ser implantada por la intervención activa del Estado. Precisamente en esto residiría la diferencia entre el liberalismo clásico, que postulaba que basta que el Estado se retire para que surja espontáneamente el orden natural del intercambio, y el neoliberalismo contemporáneo que señala la necesidad de una serie de intervenciones del Estado sobre el medio social para hacer posible que la lógica del mercado funcione. En este sentido es que los ordoliberales alemanes hablaban de una *Vitalpolitik*, una programación y una ordenación de lo social necesaria para implantar la lógica del mercado en la deshecha sociedad de posguerra. Los neoliberales de la escuela de Chicago, con su teoría del capital humano –junto con su programa de medidas de política económica– pretenden extender ilimitadamente esa programación económica de todos los ámbitos de la vida humana al volverla subjetividad individual y racionalidad interna de cada uno (*omnes et singulatim*).

Por último, podemos esbozar una crítica suplementaria sobre un punto que, significativamente, se encuentra silenciado u obliterado por quienes pretenden presentar, en lugar de una lectura foucaultiana del neoliberalismo, una lectura neoliberal de Foucault. Se trata de la sintomática “fobia al Estado”, que Foucault menciona en más de una ocasión en su curso del 1979 para hablar de la sobrevaloración que el problema del Estado tiene en la política contemporánea de aquellos años –que son también éstos– para aquellos que profesan, desde diversos lugares del espectro político, un poco lúcido antiestatismo.

En uno de sus acostumbrados preliminares metodológicos, Foucault explicita que no se propone hacer una teoría del Estado sino una historia de la gubernamentalidad: una suerte de genealogía del conjunto de tecnologías de gobierno sobre poblaciones e individuos que funcionan en una sociedad. “El estado no es un universal, no es en sí mismo una fuente autónoma de poder” sino “el efecto, el perfil, el recorte móvil de una perpetua estatización o de perpetuas estatizaciones, de transacciones incesantes

que modifican, desplazan, trastornan, hacen deslizar [...] las fuentes de financiamiento, las modalidades de inversión, los centros de decisión, las formas y los tipos de control, las relaciones entre poderes locales, autoridad central". En ese sentido afirma que "el Estado es el efecto móvil de un régimen de gubernamentalidades múltiples." (NB, pp. 95-96)

En una clase posterior precisa las razones de "moralidad crítica" por la que decidió dedicarle ese curso a la historia de la gubernamentalidad neoliberal.⁷ Por un lado, le interesa someter a crítica la idea de que el Estado tiene una especie de dinámica intrínseca a crecer y expandirse hasta invadir y capturar a eso que sería su otro, su exterior, su blanco y su objeto, a saber, la sociedad civil. Por otro lado, esa fobia al Estado suele recaer insistentemente en el tema de la supuesta "continuidad genética y la implicación evolutiva entre diferentes formas estatales, el Estado administrativo, el Estado benefactor, el Estado burocrático, el Estado fascista, el Estado totalitario". Foucault explicita críticamente sus diferencias con esta manera neoliberal de presentar un intento de crítica al Estado y, con cierta malicia, la calificará de "inflacionaria". Por un lado, esa crítica fóbica del Estado en la que insiste el neoliberalismo, mediante desplazamientos más sutiles o más toscos y gracias a ciertos juegos de palabras, terminan identificando, por ejemplo, "el sistema de la seguridad social y los campos de concentración" –las políticas keynesianas con el nacionalsocialismo alemán o con el estalinismo soviético– perdiendo de vista la especificidad que, según Foucault, es estrictamente necesaria para el análisis histórico crítico. Por otro lado, ese particular tipo de crítica neoliberal del Estado, "es inflacionaria en la medida en que no efectúa su propia crítica ni su propio análisis, es decir que no se busca saber de dónde viene realmente esa especie de sospecha antiestatal, esa fobia al Estado que circula hoy en tantas formas diversas de nuestro pensamiento." (NB, pp. 218-221)

7 "Hay una segunda razón por la cual me detuve en los problemas del neoliberalismo. Es una razón que calificaré de moralidad crítica. En efecto, al considerar la recurrencia de los temas, podríamos decir que lo que se pone en cuestión en la actualidad, y a partir de horizontes extremadamente numerosos, es casi siempre el Estado; el Estado y su crecimiento indefinido, el Estado y su omnipresencia, el Estado y su desarrollo burocrático, el Estado con los gérmenes de fascismo que conlleva, el Estado y su violencia intrínseca debajo de su paternalismo providencial..." (NB, p.218)

Coordenadas de la crítica: Marx, Foucault y más acá

Frente a esa interpretación neoliberal de Foucault –insostenible, según hemos intentado mostrar– podemos interpretar el gesto del curso de 1979 como una crítica a la racionalidad de gobierno neoliberal y a los dispositivos securitarios que le son propios. Esta crítica sería una continuidad por otros medios –desplazada la biopolítica por la gubernamentalidad, el modelo bélico del poder por el paradigma del gobierno, la figura de la guerra por el análisis de la economía– de las críticas de liberalismo y marxismo: una suerte de crítica de la política económica. Pero casi medio siglo ha pasado desde entonces y muchas transformaciones se han operado en el capitalismo como modo de organizar la economía y la sociedad, así como el neoliberalismo como racionalidad política y tecnología de gobierno. Cabe preguntarnos: ¿cómo hacer hoy la crítica del neoliberalismo? ¿Con qué herramientas teóricas, para lograr cuáles transformaciones y definir cuáles estrategias?

En este sentido, podemos reconocer dos grandes perspectivas críticas que pretenden dar cuenta de las raíces y características del neoliberalismo: una de herencia marxista que hace foco en los regímenes de acumulación y modos de regulación del capitalismo contemporáneo; otra de legado foucaulteano que se centra en la noción de gubernamentalidad y en los modos de subjetivación propios de la racionalidad neoliberal (Sacchi, 2021). En la primera, donde destaca la figura de David Harvey, se encontrarían diversas teorías que procuran explicar la transición del capitalismo fordista tras la crisis del patrón de acumulación basado en el trabajo asalariado y el Estado de bienestar al capitalismo post-fordista. Este nuevo patrón de acumulación se caracteriza por una serie de transformaciones en los modos de regulación estatal de la economía, en las lógicas de producción y reproducción, en una profunda metamorfosis en el mundo del trabajo caracterizada por la flexibilización, precarización y heterogeneización laboral, el creciente desempleo y el retroceso de la acción sindical. La segunda perspectiva, que implica interpretar el curso que dictara Foucault en 1979 como una operación crítica del neoliberalismo, supuso dejar de entenderlo como una mera doctrina económica, una ideología política o un conjunto de políticas públicas para abordarlo desde la perspectiva más amplia de una genealogía de las formas de ejercicio del poder y de producción de subjetividad. Así, el neoliberalismo aparece como una racionalización

del arte de gobernar económicamente a la sociedad y a los individuos por medio del modelo de la competencia y la forma empresa, lo que tendría como efecto la producción de formas de subjetividad competitivas y empresariales introyectadas: el empresariado de sí. Desde esta perspectiva, el neoliberalismo no sería una respuesta a una crisis del capitalismo sino a una crisis de la gubernamentalidad liberal.

Como apuntara tempranamente Lemke (2004), los aportes más interesantes para dar cuenta de la forma multidimensional del neoliberalismo surgen de articular ambas perspectivas. Para el autor alemán, la gubernamentalidad es un concepto clave que permite una perspectiva crítica de análisis del neoliberalismo en un sentido materialista. El neoliberalismo, comprendido como tecnología y racionalidad de gobierno, no implica ni el repliegue de la política ni el puro dominio de la economía de mercado, sino que define “el fin de lo político” como una racionalidad de gobierno, es decir, como un programa político en un sentido más amplio que el solo ámbito de la intervención estatal. La tecnología de gobierno neoliberal, desde esta perspectiva, consistiría precisamente en poner en funcionamiento una serie de tecnologías de formación y orientación de las subjetividades en el mismo momento en que se aboga por la retirada del Estado de la economía, la privatización de los bienes públicos y el desmantelamiento de los sistemas de seguridad social.

La noción de gubernamentalidad es útil entonces para develar que el neoliberalismo, lejos de ser una lógica puramente económica que se impone sobre la política, es un programa político de formación del Estado y del mercado a la vez: un proyecto de definición de lo político (de trazar un cierto tipo de relación entre Estado y sociedad civil, en el orden nacional y trasnacional) que instrumenta una serie de tecnologías de gobierno y produce ciertos modos de subjetivación de los individuos recortados bajo el paradigma de la pura racionalidad económica. En este sentido, según Lemke (p.14), los análisis de la gubernamentalidad coincidirían con la crítica marxiana de la economía política: ambos demuestran la falsedad de tomar la economía como un funcionamiento espontáneo y natural del mercado, y señalarían que éste no funciona sino a costa de la reproducción de ciertas formas sociales (Marx) o gubernamentales (Foucault).

En la misma senda, la obra de Laval y Dardot (2013) articula una serie larga de crisis y reflexiones sobre el arte de gobernar a los individuos y la sociedad propias de la historia del liberalismo con la serie más corta de

las mutaciones de los últimos treinta años del siglo XX en los patrones de acumulación capitalista que llevarán al predominio creciente del capital financiero. Según los autores franceses, el éxito del neoliberalismo como “nueva razón del mundo” debe ser analizada en su correlación con el paso de las formas de acumulación fordistas-keynesianas a la desregulación y liberalización del nuevo régimen de acumulación financiera. La lucha ideológica contra el Estado de Bienestar y de los discursos, técnicas y dispositivos económico-sociales cuya función disciplinaria fue obligar a los individuos a gobernarse bajo la presión de la competencia según el cálculo empresarial de maximización de beneficios produjo el enlace entre la guerra ideológica contra el Estado desplegada desde los años ‘30 y la crisis económica del modelo fordista a partir de los años ‘60, lo que dio lugar a partir de los ‘70 al “giro decisivo” de la hegemonía neoliberal.

Maurizio Lazzarato (2013; 2015), por su parte, también propone una crítica del neoliberalismo como tecnología de gobierno que combina algunos aspectos de la grilla de análisis foucaultiana con análisis marxistas en términos de clase. Para este autor, que escribe bajo condición de la crisis económica financiera del 2008, el núcleo del programa neoliberal de gobierno ya no es la figura del “empresariado de sí”, tal como fuera analizado por Foucault en la década de 1970, sino la deuda entendida como tecnología de poder y modo de subjetivación. En el medio siglo que separa aquel momento de ascenso de la hegemonía neoliberal con sus promesas de realización individual y este tiempo que muestra los efectos de la gubernamentalidad neoliberal sobre condiciones de vida cada vez más precarizadas, asistimos a un desplazamiento de la relación capital/trabajo (criterio organizador de las sociedades industriales) por la relación deudores/acreedores (criterio que reconfigura las relaciones sociales en las economías post-industriales). El dispositivo de la deuda refuerza así los mecanismos de explotación y dominación de manera transversal: no hace distinción entre trabajadores y desempleados, productores y consumidores, activos e inactivos: todos somos igualmente deudores ante el capital, sea individualmente o a través de la deuda pública. La relación acreedor-deudor expresa una relación entre propietarios y no propietarios que impone una triple desposesión: política (limita las ya débiles democracias representativas), económica (encarna la vieja noción de plusvalía en nuevas formas de explotación) y existencial (restringe la posibilidad de elección sobre nuestras acciones futuras a través de un proceso moral de

culpabilización deudora que nos obliga a realizar un trabajo ascético sobre la propia subjetividad).

Desde esta perspectiva, Lazzarato retoma la grilla de análisis de la gubernamentalidad para elaborar su crítica del neoliberalismo, a la vez que establece algunas críticas al propio Foucault al señalar la necesidad de complementarlo con una visión económica en términos de lucha de clases que permite explicar algunos límites impuestos a la libertad por los autoritarismos en nombre de la propiedad privada (2013, p. 125). En el (neo)liberalismo no se trataría de gobernar lo mínimo posible, sino de gobernar lo máximo posible a través de un mínimo de democracia. Esta vertiente crítica es desarrollada en la obra más reciente de Lazzarato (2019), donde articula el paradigma bélico y el económico gubernamental al señalar cómo la violencia originaria de las dictaduras latinoamericanas en la implantación del neoliberalismo resurge en el momento de las derivas fascistas del neoliberalismo en su momento autoritario.

Algo similar ocurre con Wendy Brown, quien en un primer momento (2015) realiza una caracterización crítica del neoliberalismo entendido, a partir de coordenadas foucaulteanas y marxistas, como un proceso de economización de todas las esferas de la vida, para luego problematizar la dimensión afectiva de las ultraderechas en ascenso (2019). La tesis de fondo en ambas obras, sin embargo, es la misma: el neoliberalismo es incompatible con y representa un riesgo para la democracia, incluso concebida dentro de los estrechos límites de la democracia liberal. La autora norteamericana dirige una crítica a las promesas de libertad e igualdad de todos los ciudadanos que fundaron nuestras democracias liberales pero retoma esos mismos principios como base para realizar su crítica e imaginar su radicalización posible. Sin embargo, incluso esta figura limitada de las democracias liberales sería incompatible con el neoliberalismo entendido como racionalidad normativa, con su eclipse del *homo politicus* y su criterio de justicia basada en los derechos por parte del *homo economicus* y su principio exclusivo de maximización de beneficios, que se traduce en el capital humano crecientemente financiarizado como única dimensión vital y la competencia como principio rector de la co-existencia. Como efecto del ascenso y la hegemonía de la racionalidad neoliberal, Brown señala la responsabilización individual ante los riesgos (enfermedad, muerte, pobreza) en el momento mismo en que se produce el desmantelamiento de los sistemas de seguridad social basados en el principio de la

solidaridad y la responsabilidad colectivas; el reemplazo del principio de igualdad democrática por la idea de la desigualdad de mercado; la desaparición de las identidades y las agrupaciones colectivas como sindicatos, grupos de usuarios y consumidores, con sus solidaridades asociativas; el vaciamiento de los bienes públicos, de la preocupación por lo común y del pueblo como sujeto político; la legitimación del Estado en términos exclusivamente económicos y de competitividad global, en desmedro de los principios de la igualdad política y la justicia social.

Entre nosotrxs, Verónica Gago (2014) ha incorporado el paradigma foucaultiano de la gubernamentalidad como grilla de análisis crítico de la forma de poder (mando y obediencia) y de subjetivación (prácticas, modos de vida, racionalidad y afectos) cifrado en el impulso de las libertades bajo la forma de la autoempresarialidad, autogestión y responsabilización individual sobre un fondo de tejidos colectivos-comunitarios. Desde esta perspectiva distingue un neoliberalismo *desde arriba* –como una modificación del régimen de acumulación global: nuevas estrategias de corporaciones, agencias y gobiernos que inducen a una mutación en las instituciones estatal-nacionales– y un neoliberalismo *desde abajo* –como proliferación de modos de vida que reorganizan las nociones de *libertad, cálculo y obediencia* que proyectan una nueva racionalidad y afectividad colectiva. A la vez, retomando los análisis de Lazzarato en clave feminista y desde las coordenadas de nuestras sociedades latinoamericanas, define junto a Lucía Cavallero (2020) la deuda como tecnología de poder neoliberal que recae especialmente sobre mujeres, lesbianas, travestis y trans, amas de casa, jefas de familia, trabajadoras formales y trabajadoras de la economía popular, trabajadoras sexuales, migrantes, villeras o faveladas, negras, indígenas, campesinas, estudiantes.

Usos de Foucault: una crítica del presente – devenir autoritario del neoliberalismo

Desde aquel curso de 1979 a esta parte ha pasado casi medio siglo y las relaciones entre economía, política y modos de subjetivación han sufrido enormes transformaciones, a escala global y en nuestras latitudes. En aquellos años 1970 y 1980 asistimos a la crisis del marxismo –una crisis económico-política que se puede simbolizar con la caída del muro de Berlín y una crisis teórica del marxismo como horizonte de sen-

tido, como racionalidad histórica– y, correlativamente, al ascenso del neoliberalismo hasta constituirse como hegemonía global, nueva razón de gobierno.⁸ Si en el mundo occidental noratlántico –Europa y Estados Unidos– esa ascensión del neoliberalismo se dio por la vía democrática institucional, en Latinoamérica su implantación se dio a través de la violencia (para)estatal y un plan sistemático de los gobiernos dictatoriales para eliminar el tejido organizacional de sectores políticos de izquierda y quebrar las resistencias del campo popular. Una vez implantada la matriz de la racionalidad neoliberal por vía de la violencia estatal –con el concurso del sector privado– esa tarea se consumó en la década de 1990 sobre ese fondo de terror psíquico, nuevos modos de subjetivación y dispositivos de gobierno económico de las poblaciones.

De la política de pleno empleo al desempleo creciente y estructural como un factor regulador de la puja distributiva entre capital y trabajo. De la regulación estatal de esa correlación de fuerzas a la flexibilización laboral y la precarización creciente de las condiciones de vida de trabajadores y trabajadoras: desde el monotributo hasta el capitalismo de plataformas como formas del emprendedurismo y del “empresariado de sí”, sobre el fondo estructural del aumento progresivo del trabajo informal. De los sistemas de seguridad social basados en el principio de solidaridad intergeneracional a la responsabilización individual ante los riesgos de la existencia –enfermedad, vejez, desempleo– lo que, a su vez, es visto como una enorme cartera de negocios por los capitales financieros nacionales y transnacionales: donde hay una necesidad, habrá un mercado. Y un viejo recurso que se vuelve prácticamente ubicuo en un capitalismo cada vez más financiarizado: el dispositivo de la deuda como tecnología del gobierno de las poblaciones y de los individuos. El neoliberalismo, tal como indicaba Foucault, tiene claro que es necesaria una activa e intensa intervención del Estado para crear las condiciones sociales que hagan posible el funcionamiento del libre mercado a través de la competencia y su principio motor, la desigualdad.

8 Corresponde al arco que va desde el período que Davies (2010) llama “neoliberalismo combativo” –que él data entre 1979 y 1989, pero que nosotrxs podríamos hacer comenzar antes, al menos desde 1975, con el comienzo oficialmente documentado del Plan Cóndor– hasta el momento que denomina como “neoliberalismo normativo”, datado entre la caída del muro de Berlín en 1989 y la crisis económico-financiera de 2008.

Todo sucede como si, en aquellos años en los que el neoliberalismo libra su combate contra el socialismo identificando sin distinciones las políticas keynesianas del Estado de Bienestar con la economía planificada soviética y el régimen nacionalsocialista alemán, se ligaran estratégicamente el liberalismo económico con el liberalismo político: se esgrimía entonces el liberalismo político contra el marxismo de los denominados socialismos reales y se oponía el neoliberalismo económico a las políticas regulacionistas y redistributivas del Estado de bienestar. Medio siglo más tarde, una vez que el neoliberalismo se volvió “nueva razón del mundo” –ya sin un proyecto político alternativo que le dispute esa hegemonía global– y muestra sus efectos de precarización sobre las vidas, el neoliberalismo económico en su deriva autoritaria vuelve a romper el pacto democrático y se desprende de los principios del liberalismo político para derribar los límites impuestos a sus tendencias regresivas y concentracionarias.

En una encrucijada como ésta, prolongando los usos de Foucault en nuestro país⁹, podemos encontrar en la confluencia de la crítica marxiana de la economía política y en la crítica foucaultea a las tecnologías de gobierno y las racionalidades gubernamentales una renovación del impulso de la teoría crítica. Una perspectiva así tramada implica concebir el capital, forma de relación social, organizado como forma política (poder de mando del capital sobre las vidas) a través de una serie de dispositivos de gobierno y discursos circulantes que postulan y producen la diferenciación

9 Mariana Canavese (2015), en un interesante estudio sobre los usos de Foucault en nuestro país, señala que tanto la obra del filósofo francés como su recepción entre nosotrxs aparece a la vez como una ruptura y una continuidad con Marx, dando lugar a lo que la autora plantea como tres gestos o actitudes distintos. Por un lado, están quienes lo ven como reemplazo al marxismo en crisis, especialmente a partir de sus críticas al economicismo teórico, el leninismo en declive y la centralidad del Estado. Por otra parte, están quienes encuentran una articulación evidente entre la perspectiva clasista del marxismo con la perspectiva microfísica del poder propuesta por Foucault. Finalmente, la vertiente de un marxismo renovado que propone realizar beneficio de inventario e incorporar los análisis críticos foucaultianos de las instituciones pero señalando la necesidad de articulación con una teoría del Estado elaborada desde la perspectiva de la lucha de clases. Aquí proponemos, en contra de la posición de Luis Diego Fernández (2020) y en la línea de Verónica Gago (2014), Diego Sztulwark (2019), Matías Saidel (2020) y Emiliano Sacchi (2021), una articulación entre la grilla de análisis de la racionalidad neoliberal (ya no sólo de la microfísica) y la perspectiva marxiana crítica de la economía política.

social y las jerarquías en función de la desigualdad entendida como motor de la competencia (veredicción económica que se pretende verdad última de individuos, colectivos y Estados), en contra del principio de igualdad como criterio de justicia social (o principio crítico de jurisdicción).

Nos encontramos, entonces, ante la doble tarea de desplegar la crítica sobre las formas actuales de la racionalidad de gobierno y los modos de subjetivación neoliberal y, a su vez, imaginar otros futuros posibles, inventar una “gubernamentalidad socialista”, formas organizativas en defensa de lo común: el lazo social pensado en términos de solidaridades colectivas y no en términos de responsabilización individual, la cooperación en lugar de la competencia, la interdependencia en vez del individualismo, la delicadeza allí donde hoy pulula la crueldad como modo de subjetivación y régimen general de la sensibilidad.

Uno de los vectores que posibilita la cristalización de la oleada de las actuales derechas autoritarias es cierto descrédito social en relación a la gestión estatal de la economía. Pero ese descrédito debe leerse sobre la línea histórica de más larga duración, en relación a las transformaciones estructurales del capitalismo neoliberal que aumenta e intensifica las condiciones de precarización, distribución regresiva y desigualdad. A partir de estas coordenadas de lectura, aquella vía que proponía en los años ‘70 la segunda izquierda puede aportar indicadores tácticos –como le gustaba decir a Foucault– a la hora de pensar cómo contrarrestar esta oleada de derechas autoritarias y proponer modos de vida que sean también racionalidades de gobierno basadas en los derechos de la diferencia y las singularidades articulados en redes colectivas de interdependencia, solidaridad y cuidado.

Esto implicaría tejer una articulación entre sociedad civil y Estado, por abajo y por arriba, transversalmente, para poner en cuestión y contrarrestar la lógica de la gubernamentalidad neoliberal funcional al poder de mando del capital. Sería necesario articular el tejido de organizaciones de base y movimientos sociales con la instancia estatal concebida como un lugar clave –aunque no único ni exclusivo– para lograr la regulación de las relaciones económicas y la redistribución progresiva que permita revertir el proceso concentracionario del capitalismo acelerado vertiginosamente en estos años del devenir hegemónico del neoliberalismo.

A la vez, en el momento de agudización de la deriva autoritaria del neoliberalismo, puede resultar estratégico complementar la crítica mate-

rialista al liberalismo económico con la crítica que Foucault dirige al Estado de seguridad encarnado tanto en la violencia institucional, junto con la reivindicación de ámbitos de intimidad para los proyectos de vida singulares que podemos encontrar en sus luchas políticas en favor del derecho del aborto, o de las sexualidades disidentes.¹⁰ Frente a esta racionalidad de gobierno que –a través de la economización de la vida, la competencia como principio de organización social y la responsabilización individual como modo de subjetivación– hace del liberalismo una biopolítica, el Estado puede ser entendido como una instancia crucial para la redistribución económica y, a la vez, como punto de anclaje de los derechos a la singularidad tramados colectivamente.

Referencias

- Audier, Serge (2017). “Cuando Foucault descubre el neoliberalismo. ¿Profección genial o síntoma de una crisis de la izquierda?” en: *Foucault y el neoliberalismo*. Amorrortu, Buenos Aires, pp. 108-149
- Behrent, Michael (2017). “Liberalismo sin humanismo. Michel Foucault y el credo del libre mercado (1976-1979)” en: *Foucault y el neoliberalismo*. Amorrortu, Buenos Aires, pp. 39-82
- Brown, Wendy (2015). *El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo*. Malpasó, Barcelona
- (2019). *En las ruinas del neoliberalismo. El ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente*. Tinta Limón, Buenos Aires

10 Cfr nota 2. Una de las formas posibles de pensar este movimiento sería indicar que es exactamente a la inversa de lo que pretendía Behrent con su interpretación de Foucault como neoliberal: en vez de abrazar un liberalismo económico por su antihumanismo para criticar el liberalismo político de los derechos humanos, nos proponemos rescatar algunos aspectos del legado del liberalismo político (su crítica a la violencia institucional del Estado y su apertura hacia la diferencia de los modos de vida que hace posibles) en contra de los efectos disolventes del neoliberalismo económico.

- Canavese, Mariana (2015). *Los usos de Foucault en Argentina. Recepción y circulación desde los años cincuenta hasta nuestros días*. Siglo XXI, Buenos Aires
- Castro, Edgardo (2018). “¿Un Foucault neoliberal?” en *Revista latinoamericana de filosofía política*. Vol. VII, Nº 2, 2018, pp. 1-32
- Castro Gómez, Santiago (2010). *Historia de la gubernamentalidad. Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*. Siglo Del Hombre, Bogotá
- Chignola, Sandro, (2010). “Michel Foucault y la política de los gobernados. Gubernamentalidad, formas de vida, subjetivación” en *Deus Mortalis* Nº 9, pp. 223-260
- Christofferson, Michael (2017). “Foucault y la nueva filosofía: por qué Foucault elogió *Los maestros pensadores* de André Glucksmann” en: *Foucault y el neoliberalismo*. Amorrortu, Buenos Aires, pp. 19-38
- Davies, William (2016). “El nuevo neoliberalismo” en *New Left Review* Nº 101, pp.129-143
- Eribon, Didier (1992). *Michel Foucault*. Anagrama, Barcelona
- Fernández, Luis Diego (2020). *Foucault y el liberalismo*. Galerna, Buenos Aires
- Gago, Verónica (2014). *La razón neoliberal. Economías barocas y pragmática popular*. Tinta limón, Buenos Aires
- Gago, Verónica y Cavallero, Lucia (2019). *Una lectura feminista de la deuda: vivas, libres y desendeudadas nos queremos*. Ed. Rosa Luxemburgo, Buenos Aires

Harvey, David (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Akal, Madrid
Lagasnerie, Geoffroy (2015). *La última lección de Foucault*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires

Laval, Christian y Dardot, Pierre (2013). *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad liberal*. Gedisa, Barcelona

Lazzarato, Maurizio (2013). *La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal*. Amorrortu, Buenos Aires

(2015). *Gobernar a través de la deuda. Tecnologías de poder del capitalismo neoliberal*. Amorrortu, Buenos Aires

(2020). *El capital odia a todo el mundo. Fascismo y revolución*. Eterna cadencia, Buenos Aires

Lemke, Thomas (2006). “Marx sin comillas. Foucault, la gubernamentalidad y la crítica del neoliberalismo” en *Marx y Foucault*. Nueva Visión, Buenos Aires, pp. 5-20

Rozitchner, León (2015). *Escritos políticos*. Biblioteca nacional, Buenos Aires

Sacchi, Emiliano (2021). “Para una redefinición del neoliberalismo desde una genealogía colonial” en *El banquete de los Dioses*, N° 9, pp. 219-244

Sztulwark, Diego (2019). *La ofensiva sensible*. Caja negra, Buenos Aires

Obras de Michel Foucault (organizadas por orden cronológico de publicación original en francés)

VP: (1971) “Verdad y poder” (entrevista) en *Estrategias de poder*, Paidós, Barcelona, 1994, pp. 41-56

SP: (1973) *La sociedad punitiva* (Curso del Collège de France), FCE, Buenos Aires, 2016

- PP: (1974) *El poder psiquiátrico* (Curso del Collège de France), FCE, Buenos Aires, 2005
- VC: (1975) *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2004
- ASP:(1975) “Asilo, sexualidad, prisiones” en: *Estrategias de poder*, Paidós, Barcelona, 1994, pp. 283-296
- VS: (1976) *Historia de la sexualidad vol I - La voluntad de saber*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002
- DS: (1976) *Defender la sociedad* (Curso del Collège de France), FCE, Buenos Aires, 2000
- SE: (1977) “Michel Foucault: la sécurité et l'Etat” en *Dit et écrits II*, Gallimard, París, 2000, pp. 383-388
- TR: (1977) “La torture, c'est la raison” en *Dit et écrits II*, Gallimard, París, 2000, pp. 390-398
- STP:(1978) *Seguridad territorio, población* (Curso del Collège de France), FCE, Buenos Aires, 2006
- QC: (1978) *¿Qué es la crítica?*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2018
- NB: (1979) *Nacimiento de la biopolítica* (Curso del Collège de France), FCE, Buenos Aires, 2007
- GV: (1980) *El gobierno de los vivos* (Curso del Collège de France), FCE, Buenos Aires, 2014
- OM:(1981) *Obrar mal, decir la verdad. La función de la confesión en la justicia*, Siglo XXI Buenos Aires, 2014

Córdoba - Argentina

ciffyh

Área de

Publicaciones

ffyh



unc

Colecciones
del Ciffyh

Por una filosofía del presente. Derivas foucaultianas (La ed.)
Constanza SanPedro y María Victoria Dahbar (Eds.)

Constanza San Pedro [et al.]

Publicado por el Área de Publicaciones
de la Facultad de Filosofía y Humanidades
Universidad Nacional de Córdoba

Octubre de 2025 [Libro digital]

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Reconocimiento
- Compartir Igual (by-sa)